

## CON ELLAS, ABRAZAR LA REALIDAD Y CAMINAR HUMILDE- MENTE DE LA MANO DE NUESTRO DIOS

Hna. Liliana Franco  
Echeverri, ODN<sup>1</sup>

### Resumen:

Contemplando la vocación a la Vida Religiosa en el corazón de la Iglesia, afirma que no hay un único contexto sino diversas tendencias que evidencian realidades en las cuales se nos sigue urgiendo a la radicalidad evangélica. Propone cinco tendencias de la realidad: a la disminución numérica, a acomodarse, a lo institucional, al centro y a homogeneizar; y cinco desbordes evangélicos que nos movilizan: lo germinal, lo misionero, la intercongregacionalidad, la intergeneracionalidad, la interculturalidad.

**Palabras clave:** Realidad, Tendencias, Desbordes, Intercongregacionalidad, Interculturalidad.

<sup>1</sup> Mujer, hermana y discípula. Trabajadora Social, Universidad de Antioquia. Magister en Teología Bíblica, Universidad Pontificia Bolivariana (UPB). Doctora en Teología Bíblica por la UPB con la tesis: "*Mujeres Consagradas: Iglesia y Sinodalidad*". Provincial Orden de la Compañía de María, Provincia del Pacífico. Presidenta de la CLAR.

En el corazón de la Iglesia, nuestra vocación a la Vida Religiosa, surgió para ser mística, misión y profecía, preludio de un estilo capaz de combinar contemplación y acción; opción por lo común y soledad fecunda; tendencia a lo trascendente y pisadas arraigadas a toda tierra; seguimiento a Jesús y contracorriente frente a los ídolos de turno...

La mirada a la realidad, los diagnósticos y los rigurosos análisis de los contextos sociales e institucionales nos ubican muchas veces en el lugar de la desesperanza, el escepticismo y la apatía. Con frecuencia, la interpretación de los datos y la medición de los indicadores se constituyen en un pretexto para justificar parálisis, conformismo, rutina y miedo al riesgo.

No hay un único contexto, pero sí hay tendencias que evidencian realidades y en las cuales se nos sigue urgiendo a la radicalidad evangélica. Tenemos que leer la realidad, no podemos ignorar los acontecimientos a través de los cuales Dios sigue hablando; pero, la nuestra, lejos de toda ingenuidad o pesimismo, tiene que ser una lectura creyente y esperanzada. Con las Mujeres del Alba, nos aferramos a la vida en la certeza de que los indicadores, los pregoneros de estadísticas y lamentaciones no tienen la última palabra. La experiencia de la Resurrección, nos moviliza también hoy a nosotras/os en una opción indeclinable por la esperanza.

Propongo detenernos en cinco tendencias de la realidad y cinco desbordes evangélicos.

### Tendencias que podrían paralizarnos:

**Tendencia a la disminución numérica:** Los indicadores son implacables y evidencian lo que constatamos en nuestras parcelas cotidianas: somos menos. El florecer vocacional de décadas pasadas, por lo menos en nuestro Continente, ha alcanzado su nivel de declive. Muchas de nuestras casas de enfermería tienen lleno completo, mientras nos vemos abocados/os a abrir noviciados y juniorados por regiones e incluso por continentes, para asegurar aquello que le aporta al proceso formativo, crecer con iguales.

En muchas de nuestras obras apostólicas ya no hay religiosas y religiosos al frente y desde la retaguardia observamos cómo crecen, decrecen, se mantienen o se transforman bajo el liderazgo de otras/os. Las comunidades se configuran con menos miembros y en algunos contextos, urge cerrar, asumir por amor a la misión la presencia con lo que supone la escasez, o buscar creativamente modos y estructuras que hagan posible permanecer.

Aunque aparecen nuevos estilos de Vida Consagrada y en continentes como el africano y el asiático hay vocaciones, no podemos negar la tendencia a la disminución numérica. Somos menos, y eso, des-

de mi punto de vista no es ni malo, ni bueno, es un hecho.

**Tendencia a acomodarse:** La herencia recibida nos otorga en muchos casos nombre, tradición, prestigio y obras... muchas obras. El afán de cuidar de ellas, nos ubica en el cómodo status del heredero, que se desvive por mantener, conservar, preservar.

Ello, claramente, nos limita para el riesgo. Hemos perdido la vitalidad de los pioneros que, tierra adentro, se lanzaban en busca del "tesoro"<sup>2</sup>. Nos hemos vuelto más bien, guardianes de antigüedades, añoranzas y recuerdos.

Nos acomodamos tras la seguridad que dan las instituciones y le cortamos alas al Espíritu que siempre quiere llevarnos más allá. Vemos menguado el coraje misionero y levantamos fortalezas afectivas, tecnológicas, logísticas e incluso gastronómicas que nos protegen de todo riesgo.

**Tendencia a lo institucional:** Un cierto temor a lo insospechado, parece permear a la Vida Religiosa. La osadía que caracterizó el origen de la mayoría de nuestras Congregaciones, hace parte de la crónica de honor que de generación en generación nos transmitimos, pero que en nada o poco inspira y moviliza nuestra toma de decisiones en el presente.

---

<sup>2</sup>Mt 13,44.

La institucionalidad abriga y cubre de seguridad nuestro hoy. Nos limita para el riesgo y nos dispone a ser guardianes de tradiciones, patrimonios y modos de proceder. No quiero decir con esta afirmación que lo institucional carece de valor. Creo en el valor de lo institucional, sobre todo cuando se convierte en plataforma que favorece la vida, que encauza la misión, que potencia el intercambio, que visibiliza el carisma. Pero, encuentro que corremos el riesgo de esterilizarnos en torno a los muros, los protocolos y los procedimientos que empapean nuestras instituciones y limitan la fuerza regeneradora del carisma, el cual tiene potencial para conducirnos siempre más allá.

Estamos ante el desafío de renovar las instituciones, los estilos, las costumbres que aprisionan la vida y el carisma; esas que nos impiden escuchar con nitidez el clamor de los pobres, el grito de la tierra, la voz de Dios en lo más complejo de la historia. Tal vez por eso, abundan los procesos de reconfiguración y resignificación.

Estamos apremiadas/os a recrear y permitir que, en fidelidad al Espíritu, entre aire fresco hasta nuestras anquilosadas estructuras. En este sentido, me resuena la expresión del papa Francisco: "La profecía consiste en reforzar... el carisma, en la Vida Consagrada, y no confundir esto con la obra apostólica. El primero queda, la segun-

da pasa. El carisma queda porque es fuerte"<sup>3</sup>.

**Tendencia al centro:** Se constata una cierta involución en las opciones. En la década del 70 y motivadas por el Concilio Vaticano II y por la Conferencia del Episcopado Latinoamericano en Medellín, muchas congregaciones se movilizaron, conscientes de que la opción por Jesús, es opción por los pobres y que era necesario privilegiar la frontera, lo rural, lo periférico. Hoy en cambio, hay un retorno al centro. Parece que hemos olvidado la inspiración teológica y antropológica que nos puso en salida. Tal vez, nos haría bien recordar, que la periferia es el centro, tal y como resonó en el Sínodo de la Amazonía.

Somos pocos, pero seguimos siendo tantos; lo que ocurre es que nos hemos congregado, seguramente por causas "justificadas", en las capitales. Nos hemos ubicado en torno a lo urbano, dejando relegadas las periferias, las fronteras, lo rural.

**Tendencia a homogeneizar:** Percibo que existe también una tendencia a homogeneizar, como si la opción por seguir a Jesús en la Vida Religiosa, exigiera negar lo más auténtico de cada persona, opacar la identidad, limitar la libertad.

<sup>3</sup> Discurso del Papa Francisco en la 82a Asamblea de la USG, Unión de los Superiores Generales, se realizó del 27 al 29 de noviembre de 2013 en el Salsianum de Roma.

Homogeneizar como un modo de blindar e impedir que lo otro, lo radicalmente otro, lo diferente, llegue con su riqueza y se siente a nuestra mesa, para entablar el diálogo. Frases aprendidas, respuestas enquistadas en tradiciones heredadas, modos obsoletos. Límites a la posibilidad de pensar, disentir o recrear con nuevos estilos, los espacios y los procesos.

Pretender que todo esté uniformado, es sin duda alguna, poner un bloqueo a la acción de Dios, que se empeña en expresarse con dones y carismas distintos en cada persona. El mejor reconocimiento a su obra creadora, es posibilitar que cada una/o sea quien es y que, con su don, llegue para enriquecer el cuerpo de la Iglesia y cada Instituto. No se trata de privilegiar un individualismo narcisista que nos incapacite para la construcción de lo comunitario. La llamada es a vivir desde la propia verdad, en autenticidad, con consciencia del don recibido, pero saliendo de nosotras/os mismas/os, para hacer posible el proyecto común, el carisma compartido.

### **Desbordes que nos movilizan:**

En el marco de la Asamblea del Sínodo: Amazonía Nuevos Caminos para la Iglesia y para una Ecología integral, el papa Francisco usó el término "desborde". Seguramente todos hemos intentado llenar de contenido lo que quiso decir y no acabamos de reconocer el potencial movilizador de la palabra. Lo que sí

es claro es que, según el diccionario de la Real Academia de la lengua española, desborde es "rebasar el límite de lo fijado o previsto"<sup>4</sup>.

Desborde es, sin duda, todo lo que nos conduce más allá de nuestras miopías y de la pequeña geografía en la que se desarrolla nuestra cotidianidad, aquello que nos moviliza al "más" y lo que posibilita que en nosotras/os y en ocasiones, a pesar de nosotras/os, el Espíritu haga su obra, cree, recree, confiera sentido, genere comunidad, movilice a la acción. En esa línea quiero proponer cinco desbordes:

**Desborde de lo germinal:** A la Vida Religiosa, tan acostumbrada a las grandes estructuras, tan familiarizada con enormes tratados, tan habituada por siglos al lugar del reconocimiento, le hace bien disminuir, abrazar su pequeñez, reconocer su límite...fiarse de su Dios.

La tentación de poner la confianza en el impacto transformador de nuestras obras, en el liderazgo creativo de las personas que nos acompañan, en el ímpetu apostólico de aquello que con nuestras fuerzas podemos hacer, le quita espacio a la gracia.

Lo germinal entraña posibilidad, anticipa lo que está por llegar, nos devuelve la fe en el valor de lo pequeño. En estado germinal es posible reconocer nuestro ser

<sup>4</sup> Diccionario de la Lengua Española. RAE. 23ª. Edición, 2014.

de creaturas y desde él, recrear la confianza y estrenar esperanza. Lo germinal, lo pequeño, nos ubica en el escenario de lo humano, donde la vulnerabilidad no asusta porque es común y se traduce en el lenguaje que nos acerca y hermana. Dios pone sus ojos en los pequeños y humildes, en los más impotentes y frágiles y en aquellos que no se resisten a lo insospechado de los caminos del Reino.

Ponernos de cara al desborde de lo germinal, implica reconocer que la salvación llega en forma de Niño, se nos presenta desprovista de medios humanos, carente de seguridades materiales. Que la fuente de la alegría surge al escuchar el canto de los pastores y al contemplar las estrellas que brillan gratuitamente y para todas/os.

La salvación se acuna en los brazos de una mujer, María, y en los de tantas otras personas que pronuncian su Sí generoso, asumiendo el riesgo de lo insospechado, entregando su ofrenda más preciosa, acogiendo en sus entrañas las semillas del Reino. La salvación no requiere de nuestros cálculos y sobrepasa todas nuestras planeaciones. Ella se nos da libre y generosa en la sencillez de la cotidianidad y cuenta con lo más humano que hay en cada uno de nosotras/os. Nos susurra en cada acontecimiento que nuestro poder es pasajero, nuestro saber es relativo y nuestro sentir, necesario.

En la lógica de lo germinal, la salvación llega cuando nos sentimos comunidad y en camino; cuando superamos temores y le permitimos a Dios fecundar nuestras esterilidades, hacer posible la vida nueva, pequeña, frágil...La vida que requiere de cuidados y desvelos, de amor desmedido y fe a toda prueba. El desborde de lo germinal nos lanza a abrir los ojos, a afinar el oído y ordenar el corazón, para percibir la presencia sutil y definitiva del Dios que, desde la osadía de la Encarnación y en lo cotidiano de Nazaret, hace nuevas todas las cosas.

**Desborde místico y de la sensibilidad:** Sólo desde la experiencia personal y profunda de sabernos amados, es posible seguir a Jesús y acoger libremente las exigencias de su proyecto. Para mantener esta experiencia fundante se requiere poner la mirada en Jesús, reconocerlo como el Centro y la Clave de nuestra existencia y en referencia a Él, ordenar el corazón y desear vivir en estado de conversión, es decir en referencia al origen, al amor primero, a la vocación más auténtica, a lo más radical y profundo del Evangelio.

El desborde místico nos conduce a peregrinar al interior sin tregua, y al exterior sin excusa. Nos moviliza, nos lanza, nos pone en camino. Nos sitúa allí donde el silencio hace posible que resuene la Palabra, donde la humildad nos permite reconocernos necesitados, donde

la fragilidad nos hace recibirlo todo como gracia. Supondrá que reconocamos, que toda circunstancia es ocasión privilegiada para la cercanía y el encuentro, para aminorar las brechas que nos distancian y esmerarnos en la unidad, en el vínculo y la reconciliación. Es posibilidad de ejercitarnos en el arte de la misericordia y de mirarnos con la compasión necesaria para abrazarnos, conversar sin defensas, sin justificaciones y empezar de nuevo.

Nos ubica ante toda persona, territorio y cultura con la consciencia de que es lugar teológico y por ello, nos lanza a acercarnos solidariamente hasta el lugar del que sufre. No se trata de cumplir con preceptos, con ritos sin fondo, se trata de desear vivir en libertad, de desprendernos y caminar más ligeros de equipaje, de transformar actitudes y costumbres, de decidirnos a cambiar y a creer que se puede. Lo místico supone que ejercitemos los sentidos, la capacidad de percibir y nos dispongamos a mirar de manera nueva. Que escuchemos el grito del planeta y de los pobres, que hagamos eco permanente de la Palabra, acojamos la diferencia y nos dispongamos al diálogo y el encuentro ecuménico.

Nos pone de cara a la cotidianidad, a la libertad y a la gratuidad en el estilo y los modos. Nos invita a elogiar lo pequeño y a reconocer en lo "común", la dosis de belleza y sabiduría que está reservada a los humildes de corazón. Nos lleva a transformar

la rutina de nuestras comunidades y obras, con la certeza de que entre nosotros Dios crea y recrea.

**Desborde misionero:** El desborde misionero sólo es posible al ritmo del Espíritu. En Él, tiene origen todo lo que es fecundo y eterno, aquello que llega como don y tiene poder para cambiar el rumbo de la vida. El paso del Espíritu hizo de María la llena de gracia y la condujo por senderos inéditos, aún a riesgo de que "una espada le atravesara el corazón"<sup>5</sup>. El Espíritu le concedió fortaleza para permanecer en pie junto a la cruz y la hizo ancla en torno a la cual surgió la Iglesia.

Al ritmo del Espíritu, nuestras/os Fundadoras/es se supieron portadores de un carisma y comprendieron su misión. A su abrigo, ellos se hicieron más libres, osados y adquirieron fortaleza para no dejarse paralizar por los obstáculos. Fue Él, quien les revelo caminos inéditos. La acción del Espíritu hace posible la comunidad. Es el Espíritu, quien a nosotras/os nos hace hermanas/os, configura nuestro rostro multicultural y nos lanza a vivir la comunión. Quien nos anima a tejer en lo cotidiano el vínculo, la relación, la amistad, el afecto y nos impulsa a querernos, creernos y cuidarnos. Él nos fortalece y anima a la utopía de lo fraterno, cuando la arcilla quebradiza de nuestra humanidad es toda grieta. El Espíritu no tolera

<sup>5</sup> Lucas 2, 35

la uniformidad y por eso hace en todas/os y en todo, el milagro de la diversidad. Lenguas, sensibilidades, colores, dones... Todo diverso y todo llamado a la unidad, todo plural y urgido de comunión.

Es Él quien va gestando en nosotras/os sueños, deseos, horizontes apostólicos. Él nos hace salir y nos da la gracia de no acomodarnos, de no paralizarnos ante aquello que no conocemos o no podemos planear o controlar. Su impulso nos lanza más allá, a la geografía desconocida, a la frontera donde habita el más pobre, el inmigrante, el más enfermo... El lugar en el que estamos situados, lo determina todo, aquello que vemos, lo que sentimos, lo que de la realidad nos interpela y moviliza. Sólo el Espíritu nos hará reconocer la urgencia de una Vida Religiosa capaz de salida y atenta a los signos de los tiempos, dispuesta a escuchar la realidad y a desacomodarse, para que acontezca lo comunitario, lo fraterno, lo radicalmente evangélico.

Desentrañar la identidad misionera de nuestra opción, nos conducirá a vivir con más sentido y radicalidad nuestra vocación. Nos corresponde abrirnos camino por los territorios de misión, ser presencia y profecía, compañía y bondadosa cercanía, en las fronteras, como aliados de los pueblos en la defensa de la vida y de las causas comunes. Con ellos como hermanas/os y discípulas/os.

**Desborde profético-comunitario:** Discernir el paso del Señor

en la realidad, es un imperativo, una urgencia en este momento del mundo y de la Iglesia. Nuestro Dios se revela en la vida. Coincidimos con Él, con su Espíritu cuando nos acercamos a la vida. La misión cristiana se realiza en la historia. Los hechos son sin duda un lugar teológico y en ellos Dios nos narra su querer. El hoy de nuestra historia eclesial nos exige situarnos con profunda humildad, reconocer la fragilidad, el pecado que ha salpicado las estructuras de nuestra Iglesia. Tenemos que develar lo que está en la raíz de esta crisis eclesial. Esta crisis evidencia un modo de relacionarnos que ha estado alejado del querer de Dios. Nos hemos acostumbrado a convivir en medio de relaciones rígidas y autoritarias, estilos clericales y fundamentalismos excluyentes, afectos invasivos y aislamientos dolorosos.

Hay que purificar las relaciones. Este, es sin duda, un tiempo de gracia, propicio para la conversión, pero nos exige aprender a situarnos, reaprender el arte de la relación, ubicarnos en el lugar de las víctimas y caminar hacia un nuevo modo de ser Iglesia, más sinodal, más sencillamente fraterno, en el que hay lugar para todas/os.

Es un imperativo que, en cada una de nuestras Congregaciones, podamos hacer lectura de fe de esta coyuntura eclesial. No se trata sólo de un análisis crítico de la realidad, se trata también de hacer una experiencia mística, que nos permita situarnos en Iglesia, como

Pueblo de Dios, asumiendo el compromiso de vivir con autenticidad nuestra vocación personal y comunitaria y de ayudar a otras/os en su propio camino de fidelidad. Se trata de revisar nuestra cotidianidad, la manera como vivimos las relaciones, el servicio de gobierno y autoridad, el vínculo. El hoy de nuestra Iglesia nos exige ejercitarnos en la profecía de lo comunitario, caminar con consciencia de que somos pueblo de Dios y con osadía situarnos humildemente, desenmascarando las marañas del poder que deshumanizan. Se trata de volver a lo original del Evangelio y optar por el amor que dignifica.

Empeñarnos en la utopía de lo fraterno, es el más auténtico testimonio que podemos dar en este hoy de la humanidad. "En esto conocerán todos que son mis discípulos/os, si se tienen amor los unos a los otros".<sup>6</sup> Tertuliano, en su apología contra los gentiles, pone en boca de los paganos la expresión "Mirad como se aman..., mirad como están dispuestos a morir el uno por el otro".<sup>7</sup>

**Desborde Inter:** Inter es todo aquello que nos pone en la lógica de lo común, que nos saca de nosotras/os mismas/os y nos dispone para el encuentro. Un camino por transitar que nos sitúa en el horizonte de la red, de la sinergia, de las opciones compartidas. Intercongregacionalidad, intergenera-

cionalidad e interculturalidad, se constituyen en una llamada del Espíritu, que nos abre al don del otro y suponen diálogo, abrazo de la diferencia, búsqueda de lo común.

### **Intercongregacionalidad:**

Hace unos años, casi todos nos situábamos en el lugar de la suficiencia, nos abastecíamos a nosotras/os mismas/os y alardeábamos de nuestras Congregaciones, como despensas únicas y bien provistas, distintas de otras y capaces de lo imposible. La fuerza de la realidad, la consciencia del límite y la vulnerabilidad, el estallido estruendoso de nuestro pecado, nos ha hecho más conscientemente humildes.

"Las/os otras/os" en su notoria diferencia, tienen algo para decirnos. El camino de la relación en gratuidad y reciprocidad, se abre ante todos como una posibilidad. Mirarnos lejos de estereotipos y marcas preconcebidas, hace parte de ese camino de conversión que muchos nos hemos decidido a emprender y que nos ha exigido desaprender. Camino que no es posible recorrer, sin consciencia clara de la propia identidad y del don recibido. Ese que nos vuelca al misterio del otro y genera el encuentro.

La fuerza de la Vida Religiosa del futuro, reside en el Espíritu que nos convoca a la unidad. La experiencia de ser con otros, de intercambiar dones, de poner los carismas al servicio del Reino, será la fuente que nos revista de vitalidad y novedad. No será creíble un estilo de

<sup>6</sup> Jn 13,35.

<sup>7</sup> Tertuliano, Apologético, 39, 1.18.



vida que se agote en sí mismo y que en una egocéntrica referencialidad, se limite para el encuentro con la diferencia.

El encuentro de personas y carismas, la unidad para generar procesos reflexivos, pensamiento y criterios; las búsquedas comunes para fortalecernos en la misión, la disposición a sencillamente compartir las consecuencias de nuestra opción por Jesús, la dinámica inter, va dando a la Vida Religiosa un nuevo rostro y nuevas posibilidades.

**Intergeneracionalidad:** Las diferencias generacionales son evidentes entre nosotras/os, pero no se constituyen en un impedimento para el encuentro. Es más, precisamente esas diferencias, se convierten en el puente que hace posible la relación.

Cuando converso con religiosas/os jóvenes sobre la historia de su vocación, todos incluyen en su narración la presencia de una hermana o hermano mayor, que, con el testimonio de su vida, los impactó, los acercó a Dios. El papa Francisco en el prefacio del libro, *La Sabiduría del tiempo*, expresó: "Solamente si nuestros abuelos tienen el coraje de soñar y nuestros jóvenes de profetizar grandes cosas, nuestra sociedad avanzará. Si queremos "visiones" para el futuro, dejemos a nuestros abuelos que cuenten, que compartan sus sueños. ¡Necesitamos abuelos soñadores! Son ellos los que podrán inspirar a los

jóvenes a correr hacia delante con la creatividad de la profecía".

"Hoy los jóvenes necesitan de los sueños de los ancianos para tener esperanza, para tener un "mañana". Por lo tanto, los ancianos y las/os jóvenes caminan juntas/os y necesitan los unos de los otros. Esto es lo que me gustaría: un mundo que viva un nuevo abrazo entre los jóvenes y los ancianos"<sup>1</sup>.

Arrinconar a los mayores, invisibilizar a los jóvenes, distanciarnos unos de otros, minará el potencial que surge del encuentro. A la Vida Religiosa le hace bien el testimonio de los mayores, le resuena con fuerza su experiencia hecha sabiduría, y necesita de los jóvenes, de sus sensibilidades y modos de aproximarse a la realidad, de sus intuiciones y su de espíritu capaz de riesgo.

Hacernos expertos en comunión, supondrá que nos ejercitemos en el diálogo y que le abramos espacio a la vida que nos llega en las pisadas ágiles de las/os jóvenes, que posibilitemos que ellos recreen con su estilo, el rostro de la Vida Religiosa.

**Interculturalidad:** Hoy es evidente la pluralidad de culturas abrigadas en un mismo carisma. En

<sup>1</sup> *La Sabiduría del Tiempo*, ofrece la recopilación de 250 entrevistas realizadas en más de 30 países, en colaboración de la organización sin ánimo de lucro Unbound, con el compromiso de un grupo de casas editoriales coordinadas por la Americana Loyola Press.

todas nuestras comunidades, la relación entre personas de diferentes países, hace parte de ese desborde del Espíritu, que por ser inesperado desafía, sorprende y encanta.

La vivencia de la interculturalidad exige conocer, abrazar la propia identidad y cultura; supone salir de los esquemas propios, disponerse a aprender, valorar el don que entraña la diferencia, escuchar y situarse en el lugar del discípulo, de quien no lo sabe todo y desea compartir, intercambiar, crecer en el ejercicio del encuentro. Exige no

justificar nuestros límites o “mañas”, en el hecho de que pertenecemos a tal o cual cultura y optar, sin negar lo propio, por una cultura común, la que surge de contemplar a Jesús y beber de los valores del Evangelio.

Es realmente compleja la realidad, pero nuestro Dios decidió encarnarse en nuestra historia, para sostener nuestra esperanza. Hacer un acto de fe en su acción transformadora, podrá poblarnos de vida nueva. Que, con las Mujeres del Alba, esperemos lo imposible.